

PASIÓN POR LA INDIA

(Delhi-Agra-Varanasi, octubre 2005)

Poco antes de partir hacia Delhi una periodista amiga me dijo que su primer contacto con la India fue en el viejo Delhi, a lo largo de la Chadni Chowk y en los callejones en torno a la Jama Masjid. De pronto se vio sumergida en un océano de gente; arrastrada por un flujo imparable de peatones, carros, motos, triciclos y bicicletas; abrumada por la sobreabundancia de anuncios y mercancías; aturdida por un estruendo de bocinas, cláxones, timbres, campanas y voces. Agobiada, presa del pánico, regresó corriendo al hotel y estuvo tres días sin salir. Al final logró convencerse de que la India es, sobre todo, un universo de sensaciones. Que no hay riesgo en dejarse invadir. Que lo importante es dejar el razonamiento en suspenso. Con esa filosofía resistió como pudo el resto del viaje. Pero no ha vuelto.

El día antes de tomar el avión leí un artículo de Javier Reverte. Se titulaba "La pasión de viajar solo" y era un canto al encuentro y la sorpresa; a la libertad de viajar sin las restricciones de un grupo; a la indagación sobre uno mismo a través de la relación con quienes te

encuentras. Terminaba con un postulado moral: "El viaje solitario te llena de libertad y te exime de culpa". Lo doblé, lo guardé, y lo leí varias veces durante el viaje. En la India resulta difícil evitar la sensación de culpa. Por ser europeo. Por tener educación. Por estar sano. Por estar allí. Por no ser pobre. Por estar vivo. La noche de mi llegada me dije que para disfrutar el viaje lo primero era adoptar mirada de antropólogo, asumir hasta cierto punto la condición de ajeno. Me dije que si en India uno se implica demasiado en lo que ve, siente y escucha, el viaje puede transformarse con facilidad en pesadilla. Por la mañana comprendí que no iba a ser fácil mantenerme en mis trece.

Inolvidable el recorrido desde el aeropuerto a Delhi: obras sin señalizar, tráfico caótico, tullidos en los semáforos, mujeres en sari trabajando en las zanjas, contaminación, bicicletas, motos, scooters, carros, carretillas, camiones, autobuses, peatones esquivándose unos a otros. Un espectáculo que ya no te abandona durante el viaje. En India, más que en ninguna otra parte, la calle es la vida y la vida sucede en la calle. O en las márgenes de las carreteras. Animales sueltos y en rebaño. Vehículos de tracción humana, mecánica y animal. Hombres, mujeres, ancianos, niños. A pie o en vehículo. Solos o en grupo. Con

saris, sarongs, chilabas, uniformes, dhotis, kurta-pijamas, camisas, faldas, harapos, pantalones o taparrabos. Seres que negocian, rezan, piden, predicán, charlan, juegan, discuten, duermen, se lavan, escupen, leen, hacen música, peregrinan, cocinan, comen, miran, beben, trabajan. Con las manos libres (los menos), o cogidos de la mano (a menudo), o transportando cosas (casi todo el tiempo). Al amparo del reciente crecimiento económico, en India ha surgido una clase media motorizada, sobre todo en las ciudades. Pero la fuerza de tracción más frecuente en un país donde el 65% de la población todavía vive en el campo siguen siendo los propios seres humanos. Para quien llega por vez primera ante todo está la India de la calle.

Luego está la India de los monumentos que en lo fundamental es hindú, mogola o británica. Delhi, Agra y Varanasi ofrecen algunos de los mejores. Una buena guía de viajes dirá qué visitar, cómo llegar, si se puede o no acceder y cuándo, cuánto cuesta entrar, qué nos espera dentro. En la vieja Delhi, son obligados la gran mezquita de Jama Masjid y el Fuerte Rojo. En el centro de Delhi, el Rajpath o "camino real", la zona de Connought Place, el Purana Quila, las tumbas de Humayun y Safdarjhan. En la gran Delhi, la Qutb Minar. En Agra, el Taj Majal, la

tumba de Akbar y el Fuerte. En Varanasi, los Gaths, el templo Dorado (no se puede entrar pero sí ver desde una terraza próxima) y el propio río, claro.

Son visitas que hay que hacer sin prisa. Por ejemplo, en Delhi, pocas cosas resultan tan deliciosas como demorarse en los jardines de Purana Quila o de la tumba de Safdarjhan tras una intensa mañana de bullicio callejero. El Ganges no hay que navegarlo a motor y a cualquier hora sino al amanecer y en barca de remos. Y por supuesto que se puede ir de Delhi a Agra por carretera, visitar el Taj y el Fuerte, y volver en el día (muchos hoteles hacen esta oferta). Pero probablemente es más sabio hacer el viaje en tren y dormir una noche en la ciudad. Uno se evita nueve horas de trayecto a ratos desquiciante y puede gozar de los monumentos al atardecer y al amanecer. Y si uno se queda dos noches podrá hacer una estupenda excursión de un día a la ciudad fantasma de Fateputh Sikri.

La India es un país de masas. Pero, también, de rostros, de gestos, de frases, de individuos. Por ejemplo, los del empleado de la agencia de taxis del aeropuerto de Delhi a quien, adormecido por el largo viaje y atónito ante el gentío que aguardaba la salida de los

pasajeros, pregunté si era mi taxista. “No, sir – respondió con aires de lord inglés – I work with the staff. My mission consists in bringing you to the taxi safe”. O los de los niños de Agra que, ante mi prematuro gesto de rechazo, me dijeron sonriendo: “We are students, not guides. Why are you so angry?”. O los del comisionista de Varanasi a quien, en mitad del inefable barullo de la avenida central, traté de ahuyentar con un seco “Let me alone, please”. Alto, seco, enjuto me respondió filosófico: “You were alone. You are alone, now. We, all, are always alone”. Y qué decir de las decenas de chóferes y conductores de bicicletas, scooters y taxis con quienes continuamente hay que negociar destinos, trayectos y precios. Aún me veo a la salida de la vieja Delhi, frente al Fuerte Rojo, a la caída de la tarde, tratando de explicarle al chofer de una scooter la dirección de mi hotel, cada vez con más gente arremolinada entorno. Al cabo de un rato, convencido de que aquello no tenía arreglo, me fui a buscar otro transporte a la siguiente esquina. Lo encontré. Le di la dirección al chófer. Aseguró conocerla. Arrancamos. Me volví. A lo lejos, el conductor de la scooter seguía en el centro de un compacto corrillo, supongo que debatiendo sobre el mejor modo de llevarme a un sitio al que yo ya no iría con él.

Me habían dicho que la India era un país de olores. A mí me pareció, sobre todo, un país de imágenes. La del primer mendigo oscilando su brazo quebrado junto a un semáforo la noche misma de mi llegada. El silencio del inmenso patio de la Jama Masjid roto por el periódico estampido de las palomas. La placita de la vieja Delhi donde Popli abrió The Singing Bell, su primera tienda, con las mercancías por los suelos y los monos persiguiéndose por las azoteas. La perspectiva inverosímil del Qutb Minar. El azul de las tiendas de los miles que acampan en las avenidas y plazas de la Gran Delhi. La visión del Taj desde la puerta oeste. La visión del Taj desde la terraza que da al río. Las sucesivas visiones del Taj desde las celosías y ojivas del Sis Majal. Mujeres en saris color azafrán y granate por las azoteas del Kash Majal con grandes cestos sobre la cabeza. El Ganges de noche, desde la terraza de la casa de Alvaro Enterría. El húmedo interior del templo del Kedar Ghat. El frontal de la ciudad vieja desde el río. La basura que nadie recoge. La basura donde hurgan cabras, vacas, búfalos y perros. El amanecer en el Dasaswamedth Ghat con el sol subiendo desde la otra orilla. El alborozo de las campanas. Los corros de mujeres cantando y riendo. Los mendigos y santones de las escaleras. Las columnas de

humo del Marnikarnika Ghat. El traslado en andas de los cuerpos al río y después a la pira. El pescador pescando donde se remojan los cuerpos. La vaca que husmea entre las cenizas. El niño que escarba entre las cenizas. Los hombres que escarban entre las cenizas. Confieso que el Ganges a su paso por Varanasi me impresionó menos que el Irrawadi en Bagan, el Chao Praya en Bangkok o el Mekong en Luang Prabang. Lo que me impresionó fue la gente. Lo que junto a él y en él hace la gente. Eso, y no otra cosa, es lo que lo hace memorable.

Aunque la mera lectura de los periódicos (muchos de ellos se editan también en inglés) y la contemplación de los noticiarios no sirve para hacerse una idea del debate político y social (más allá de las constantes alusiones al conflicto de Cachemira, la política India resulta incomprensible para el viajero que llega por vez primera), no importa. La India incita permanentemente a la evocación, la reflexión, la meditación. Sobre unicidad y multiplicidad. Sobre la fascinante historia de las siete Delhis. Sobre las relaciones entre hindúes y musulmanes. Sobre las similitudes y diferencias entre las religiones de desierto y de río. Sobre sumisión y poder, valor y precio, riqueza y miseria. Sobre lo sagrado y lo profano. Sobre libertad y destino, individualidad y colectividad. Sobre

amor, sexo, placer, familia, dolor, celos y muerte. Sobre mayorías y minorías. Sobre desarrollo y subdesarrollo. Sobre felicidad y amargura. Sobre el carácter mismo de la existencia.

Yo no he visto la India. Tan solo tres ciudades. Muy poco - un pequeño pedacito del eje del Ganges – para un país que es, en realidad, un continente. Alvaro Enterría que lleva viviendo allí dieciocho años, está casado con una mujer india y es padre de dos hijos preciosos, me dijo “Yo me siento más de aquí que de allí. Cuando voy a Europa me parece como si todo estuviera muy pegado a tierra. Como si todo fuera muy concreto, muy cerrado. Aquí la gente lo pasa peor pero siempre hay un agujero arriba, una vía de escape por la que salir, trascender, evadirse”

Por su parte Isabel Álvarez, que vive y trabaja en la India desde hace treinta años, me resumió su experiencia con un juicio luminoso: - Yo soy de aquellos – me dijo - que vinimos jóvenes a la India buscando el nirvana y nos dimos de boca con la realidad.

Viajar solo tiene siempre algo de reto. Viajar solo por la India por vez primera es una experiencia. Por mucho que uno se aloje en buenos hoteles, beba solo agua embotellada, pele la fruta con su propia navaja,

o transite por circuitos establecidos, la realidad es tan potente que termina por romper cualquier barrera. Una realidad que incluye atentados, descarrilamientos, inundaciones, conflictos religiosos, desigualdades hirientes, corrupción política, Y, también, amabilidad, bellezas naturales, austeridad, libertad de expresión, pujanza económica, innovación, progresivas mejoras en el nivel de vida y en la calidad de los servicios. Durante mi primer viaje en scooter desde el hotel al Fuerte Rojo vi que algunos coches portaban una gran pancarta en el cristal trasero. Era una pancarta con la foto de Gandhi y una leyenda en letras blancas sobre fondo azul: "There is no religion higher than the Truth". Sonaba bien. Al principio me gustó. Pero luego pensé ¿y cuál es la Verdad de un país tan grande y diverso? ¿Un país que se aferra a la diversidad probablemente con más empeño que ningún otro en el mundo? Las revistas profusamente ilustradas e impresas en impecable papel satinado de las agencias de viajes, líneas aéreas y grandes empresas indias ofrecen una particular visión de esa Verdad. Los ojos y los oídos del viajero otra bien distinta.

Nueve días y tres ciudades no permiten generalizar sobre un país de más de mil millones de habitantes. Si acaso, permiten plantearse

unas cuantas preguntas. Pero son preguntas íntimas, básicas, que tienen que ver con nuestro complicado pasado y nuestro incierto futuro como especie sobre el planeta. Y, también, con las oportunidades y los retos de la existencia de cada uno. Por eso engancha la India. Porque no te deja indiferente. Porque te obliga a preguntarte.

Días antes de partir otra amiga me dijo: "Ten cuidado porque mi primer viaje a la India me cambió la vida. Para mí, ya nada volvió a ser igual desde entonces". Luego me explicó que al volver le había dado un giro radical a su vida familiar y sentimental.

No sé si este primer viaje me cambiará o no la vida. Pero sí que volveré en cuanto pueda. Porque creo haber regresado con una enfermedad contra la que no hay antídoto ni vacuna. La misma que llevó a otro amigo a contarme hasta qué punto le conmovió su primer viaje. Cómo regresó a España sin saber si la India le había gustado o no. Cómo, desde entonces, ha vuelto seis veces. Luego, entusiasmado, me detalló el itinerario de su séptimo viaje. "A esto le llaman pasión por la India" me dijo "Y una vez que te ataca, no tiene cura".

Me temo que también yo empiezo a notar los mismos síntomas.

Alberto Infante

Madrid 7/11/05 (publicado en la revista IMPAR, nº 53,
Diciembre 2005)